



17/03/1997 ACTO INAUGURAL DE LA XXXVIII ASAMBLEA DEL BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR

Barcelona, 17-03-97

Majestades, señor Presidente de la República de Nicaragua, señor Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y señor Presidente de la Asamblea General de Gobernadores, señor Presidente de la Generalidad de Cataluña, señores Ministros, señor Alcalde, señoras y señores,

Quiero hablarles, ante todo, de mi satisfacción porque esta reunión de la Asamblea de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo y de la Corporación Interamericana de Inversiones transcurre aquí, en Barcelona, en Cataluña, en España. Su presencia, créannos, honra a nuestro país, y les deseo también que sus trabajos sean lo más fructífero posible y que tengan una muy satisfactoria y halagüeña estancia entre nosotros.

La elección de España como anfitriona de esta Asamblea, evidentemente, no es casual. Obedece a los profundos lazos que unen a España con Iberoamérica y con el Caribe, que forman un entramado cultural, histórico y afectivo y una comunidad de intereses, en la que también descansan las bases de un futuro a compartir.

Desde España seguimos con extraordinaria atención la evolución del Subcontinente. Observamos, ciertamente, con entusiasmo como Iberoamérica y el Caribe caminan hoy por las sendas de las libertades, la reconciliación de los valores democráticos, el imperio de la Ley y, a la vez, la modernización y el progreso económico. La notable mejora en el patrón de crecimiento adoptada por el Subcontinente resalta, sin duda, todos estos avances.

En lugar de emprender vías de crecimiento desfasadas e imposibles, en unas o en otras décadas, sean malditas, sean perdidas, pero, en todo caso, eran sendas de crecimiento imposibles, Iberoamérica y el Caribe están levantando actualmente sus resultados sobre bases sólidas y duraderas. Sin duda, como ha dicho el Presidente del BID, aún no suficientes pero que, sin duda, en mi opinión también, son sólidas y duraderas, entre las cuales tienen un especial relieve --y, en mi opinión, lo deben seguir teniendo en el futuro-- la reforma y la liberalización de las economías, la estabilidad monetaria y fiscal y su apertura e integración en la economía mundial, proceso que marcha bien, alentado por los procesos distintos de integración regional.

Este último ejercicio nos ha mostrado la validez de esta opinión, que ha sido capaz de superar las crisis surgidas en los últimos años. 1996 ha sido un año de crecimiento económico, combinando una apreciable estabilidad cambiaria con importantes logros en el control de la inflación, de la liberalización económica y de la consolidación fiscal.

Y es verdad que persisten aún muchos problemas, ¡cómo no iban a persistir! y, probablemente, sigan persistiendo de un modo intenso en el futuro. Yo tenía la oportunidad de hablar de algunos de esos problemas a primera hora de la mañana de hoy con el Presidente de Nicaragua. El desempleo, la desigualdad de rentas, bajas tasas de ahorro interno, cierta inseguridad jurídica en la actividad económica, evidentemente, son problemas todavía pendientes y problemas que alejan a Iberoamérica y al Caribe de la adecuada asignación de los recursos y del buen gobierno al que todos debemos aspirar, marco en el cual hay que introducir las acertadas propuestas en torno a la gobernabilidad y a la reforma del Estado que hemos escuchado aquí esta mañana.

Ahora bien, estos problemas, que existen, que poco a poco irán superándose, no deben de ocultar los logros alcanzados con grandes dosis de esfuerzo y de seriedad; incluso también en aquellas décadas que algunos consideraron como perdidas.

Naturalmente que habrán de continuar las reformas emprendidas, naturalmente que habrá que seguir luchando por la igualdad de oportunidades; por reorganizar y racionalizar el sistema institucional que acoja, a su vez, un eficaz y eficiente funcionamiento de la economía; por prevenir y sancionar la corrupción.

Solamente por mencionar alguno de los retos que tienen ante sí, por más que, en absoluto, sean privativos de sus naciones.

Quiero decir que, desde luego, pueden tener la seguridad que no van a estar solos en la gran tarea, en el gran desafío, que tienen que afrontar. Los países e instituciones que estamos firmemente comprometidos con el desarrollo iberoamericano y caribeño ofrecemos todo el apoyo que seamos capaz de darles. Como se ha dicho, ayer se firmó un tratado de interconexión eléctrica en Centroamérica, que es buen ejemplo de ello.

Ahora bien, no se escapa a nadie tampoco que la responsabilidad principal recae sobre los Gobiernos de los países del Subcontinente, que tienen que jugar su fuerza de papel motriz, su fuerza motriz, para el éxito de esta tarea, integrando las ayudas internacionales con prioridades políticas claras y con unos mecanismos de actuación transparentes y eficaces.

España, señoras y señores, cree en Iberoamérica y el Caribe. Lo necesitamos para ser fieles a nosotros mismos y a nuestra historia. Creemos que la región tiene ante sí un futuro prometedor, abierto a la esperanza, aunque también pródigo en desafíos.

La buena evolución económica iberoamericana y caribeña se está reflejando en una renovada fe de las empresas españolas en estas tierras. Durante los últimos años asistimos a un fuerte impulso, yo diría que espectacular, de nuestras relaciones económicas bilaterales. El comercio, que tiene que seguir mejorando mucho y que, globalmente, en el marco europeo --como aquí ha recordado el Presidente de la Generalidad de Cataluña-- es necesario mejorar, ha experimentado, en todo caso, una mejoría el pasado año y, sobre todo, se ha producido un impresionante incremento de

las inversiones directas, atraídas por el saneamiento y la recuperación económica que vive esa parte del Continente y por el proceso inteligente de privatizaciones que se está llevando a cabo en el mismo.

Las cifras --permítanme que las recuerde de una manera breve-- son llamativas. En 1996 España ha exportado a Iberoamérica y al Caribe bienes y servicios por más de 780.000 millones de pesetas, es decir, unos 6.150 millones de dólares; lo que viene a suponer un aumento superior al 20 por 100 sobre lo exportado en 1995. Pero, en ese mismo período, las inversiones directas en Iberoamérica y en el Caribe han desbordado los 670.000 millones de pesetas, es decir, más de 5.300 millones de dólares, con un crecimiento cercano al 70 por 100 respecto a 1995 y ocupando ya más del 50 por 100 de toda la inversión exterior española.

Yo creo que esta rápida maduración de relaciones económicas, de inversión, junto con el peso que Iberoamérica representa en la acción exterior española, dibuja, entre ambas orillas del océano, un panorama de creciente acercamiento práctico, cuyo mayor reflejo son las Cumbres Iberoamericanas que reúnen anualmente a nuestros máximos mandatarios.

España mantiene un denso entramado de acuerdos bilaterales, de programas de cooperación y de asistencia mutua, de intercambios de visitas, de contactos de alto nivel con todos los países, bajo una notable frecuencia convertida en norma escrita de conducta.

España está decidida a cumplir al máximo su papel de puente entre Europa e Iberoamérica y el Caribe. Nuestra contribución a los Acuerdos de Cooperación de la Unión Europea con Mercosur y Chile, el que deseamos con México, la extensión del Banco Europeo de Inversiones a Iberoamérica, entre otros logros, son muestra de la función española de enlace y de acercamiento.

Nuestro próximo objetivo es también ambicioso. En la Cumbre Iberoamericana de Santiago de Chile tuve la oportunidad de proponer, y así fue aceptado por todos, el que se realizase una Cumbre de jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica y de la Unión Europea como foro de diálogo y acercamiento al máximo nivel político entre ambas regiones del mundo. El Gobierno de España ha presentado ya ante las instituciones europeas una propuesta concreta, que actualmente está siendo debatida y perfilada en el seno de la Unión Europea.

Pero nuestra voluntad de servir de apoyo a la región no se limita sólo al marco europeo. Exactamente, ahora inauguramos esta Asamblea Anual de Gobernadores del Banco Interamericano de Desarrollo. Decimos, satisfechos, que los españoles, España, llegó al Banco desde el momento en que se admitió a socios no regionales --como ayer el propio Presidente del Banco, Enrique Iglesias, recordaba en la cena en el Palacio de Pedralbes-- desde la Declaración de Madrid de 1974. Hemos duplicado nuestra participación en el capital del Banco en su última ampliación de recursos y hemos puesto a disposición del Banco mecanismos de cooperación adicional de extraordinaria importancia.

Esta colaboración española con ustedes se extiende también a otros muchos foros. Compartimos representación en el Fondo Monetario Internacional con varios países iberoamericanos y somos también observadores en la Organización de Estados Americanos.

Señoras y señores,

Iberoamérica, más el Caribe, tienen abiertas un sin fin de perspectivas. La ilusión española, que es una ilusión bien fundada en el futuro y en el porvenir de sus naciones, tiene como permanente corolario y como vocación hacer cuanto esté al alcance de nuestra mano, no solamente por conservar lo ya conseguido, sino por contribuir a allanar todos los obstáculos que se pongan enfrente de nuestro camino.

Por ese itinerario, cargados de futuro, estoy seguro de que siempre andaremos juntos.

De nuevo, saludos muy cordiales a todos. Buena estancia, éxito y muchas gracias.